

1

Los comienzos

A mediados del siglo XIX, la aspiración de los pueblos europeos a disponer de sí mismos inflamaba los espíritus. Por doquier, de este a oeste, tanto en el corazón de las naciones ya democráticas como en el seno de las comunidades todavía arcaicas o de las minorías integradas en los Imperios Centrales, un nuevo ideal de emancipación surgía en las conciencias, ilustrando la gran profecía enunciada por Saint-Just en 1794: «Sepa Europa que ya no queréis un solo desdichado ni un solo opresor en territorio francés; fructifique este ejemplo sobre la tierra [...]. La felicidad es una idea nueva en Europa».

El año de 1848 puso en marcha un viraje. Primavera de los pueblos y de las revoluciones, primavera del liberalismo y del socialismo, aurora del comunismo. Tras años de guerras, masacres, sojuzgamientos y rebeliones, hombres de lenguas y costumbres diferentes reclamaban la abolición de los antiguos regímenes monárquicos restaurados en los países donde la epopeya napoleónica había contribuido, no mucho tiempo atrás, a difundir los ideales de 1789: «Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo», escribían Marx y Engels en 1848, y proseguían: «Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma».¹

Si esas revoluciones fueron reprimidas en toda Europa, las ideas que expresaban siguieron propagándose de manera contradictoria, según se refirieran a la Ilustración francesa, caracterizada por la búsqueda de un ideal de civilización universal fundada en una práctica política, o, al contrario, en la *Aufklärung* alemana, cuya vocación filosófica tenía sus orígenes en la religión protestante.²

Sin embargo, a mediados del siglo XIX esas dos concepciones de la Ilustración (civilización y *Kultur*) —la primera universalista, y la segunda más identitaria— entraron en contradicción con los regímenes políticos deseosos de restaurar, bajo nuevas formas, el antiguo orden del mundo, gravemente quebrantado por la primavera de las revoluciones. Así apareció el nacionalismo.

Para responder a la aspiración de los pueblos y luchar contra la universalización de los ideales de la Ilustración, la burguesía industrial en plena expansión hizo suya la idea de nación para transformarla en su contrario. Procuró entonces unificar, no a los hombres entre sí, sino naciones jerarquizadas concebidas como entidades distintas las unas de las otras, cada una de ellas asimilada a la suma de sus particularismos. El principio afirmado por la Ilustración francesa, conforme al cual el hombre debía definirse como un sujeto libre, y el ideal alemán de la cultura identitaria fueron sucedidos por una doctrina fundada en la obligación en que se veían todos los seres humanos de pertenecer a una comunidad o una raza: el hombre en sí no existe, se decía; solo hay hombres sujetos a un territorio, a un Estado nación. Cada uno tenía el deber de ser francés, italiano, alemán, antes de ser un sujeto de derecho, al margen de toda pertenencia.

En ese mundo europeo en plena mutación, también los judíos aspiraban a un ideal de emancipación. Convertidos en ciudadanos con todas las de la ley desde 1791, los judíos franceses habían ganado los mismos derechos que los demás ciudadanos, pero a condición de renunciar a la carga de la doble identidad. Para ellos solo debía contar el acceso al estatus de sujeto de derecho, liberado de las servidumbres de la religión y del influjo comunitario. En virtud de ello se les había autorizado, en privado, a practicar el culto de su preferencia. Al mismo tiempo el judaísmo se convirtió, para el Estado laico, en una religión como cualquier otra; dejaba de ser la religión madre, la religión odiada desde la Edad Media, la religión del pueblo elegido que había dado origen al cristianismo. La idea de que uno pudiera definirse como judío en el sentido de tener la identidad judía era contraria al ideal universalista del laicismo francés.

En Alemania, tierra de la Reforma luterana, el proceso de emancipación ambicionado por la Haskalá —el movimiento de la Ilustración judía fundado por Moses Mendelssohn— apuntaba, no a in-

tegrar a los judíos como ciudadanos con todas las de la ley, sino a permitirles ser a la vez «judíos y alemanes». Opuestos al jasidismo, otro componente de la Ilustración que intentaba revalorizar la espiritualidad judía —sobre todo en Europa oriental—, los partidarios de la Haskalá afirmaban que los judíos modernos podrían vivir de acuerdo con dos pertenencias positivas: una dependiente de la fe, otra, del territorio. Con la condición, de todos modos, de que se deshicieran de los lastres de una tradición religiosa demasiado apremiante.

En la generalidad del mundo germanoparlante en vías de industrialización —de Europa del Norte a la *Mitteleuropa*—, los judíos asquenazíes no habían conquistado los mismos derechos que en Francia. Repartidos en las cuatro grandes provincias antaño situadas en el corazón del Santo Imperio Romano Germánico —Galitzia, Moravia, Bohemia y Silesia— e incorporadas luego al Imperio austrohúngaro, ocupaban en realidad un territorio más amplio de fronteras indeterminadas —la famosa *Yiddishland*— donde se agrupaban en comunidades de una misma lengua y circulaban por una zona inestable entre Polonia, Lituania, Bielorrusia, Ucrania, Rumanía y Hungría.

Al no tener acceso a todas las profesiones, esos judíos estaban condenados, para escapar a la humillación de serlo, ya fuera a la conversión, ya fuera a la práctica del autoodio judío, ya fuera al éxito intelectual, a menudo vivido a la manera de una revancha: «Si los judíos se destacaron en la universidad», escribe William Johnston, «es porque sus familias los exhortaron a trabajar con más empeño para vencer los prejuicios».³

Los judíos emancipados del siglo XIX creían, así, ser capaces de escapar a la persecución ancestral mediante la integración en la sociedad burguesa industrial e intelectual de diferentes maneras, según el país donde habitaran: como ciudadanos con todas las de la ley en Francia, como individuos pertenecientes a una comunidad en Inglaterra y más adelante en Estados Unidos, como súbditos judeoalemanes en el mundo germánico y como minorías en los Imperios Centrales. Muchos de ellos transformaron su apellido con motivo de las distintas migraciones que los afectaron: de ahí el movimiento de germanización o afrancesamiento de los nombres polacos, rusos o ru-

manos en esa época. Y muchos renunciaron a la circuncisión o se convirtieron.

Pero a medida que el nacionalismo se apartaba de los antiguos ideales de la primavera de los pueblos, comenzaron a ser rechazados, ya no por su religión sino por su «raza», es decir, debido a una pertenencia identitaria invisible que parecía resistirse a las conversiones y que, al mismo tiempo, los forzaba a definirse, también a ellos, como originarios de una nación. Tal fue la paradoja del nacimiento del antisemitismo, que reemplazó al viejo antijudaísmo. El judío dejó de ser condenado al ostracismo por su práctica de la *otra* religión —el primer monoteísmo—; ahora se lo miraba como miembro de una raza en busca de una nación.

Si durante siglos los europeos solo habían tenido que vérselas con judíos *dispersos*, es decir, con un pueblo de parias consciente del rechazo que provocaba, y que entendía su unidad o su universalidad sin referencia a frontera alguna, pronto iban a tener que enfrentarse con un pueblo que, como ellos, estaba obligado a definirse como una nación: la nación judía. Pero ¿qué es una nación sin fronteras? ¿Qué es un pueblo sin territorio? ¿Qué son una nación y un pueblo compuestos de sujetos o individuos que, a fuerza de tener su origen en diferentes naciones, no son ciudadanos de ninguna parte?⁴

Fue en ese mundo en plena efervescencia, marcado por una urbanización y una germanización graduales de los judíos del reino de los Habsburgo, donde nació Jacob Kallamon (Kalman) Freud, en Tysmenitz, aldea (*shtetl*) de Galitzia oriental, el 18 de diciembre de 1815, seis meses después de la derrota de las tropas napoleónicas en Waterloo.⁵ Como muchos judíos establecidos en esa zona de Europa oriental, ahora incorporada al imperio de los Habsburgo, su padre, Schlomo Freud, originario de Buczacz, ejercía la profesión de comerciante. Tras el nacimiento de su hijo mayor, la mujer de Schlomo, Peppi Hofmann-Freud, hija de Abraham Siskind Hofmann, negociante en tejidos y otros artículos de primera necesidad, trajo al mundo otros dos varones —Abae y Josef— y una niña. El apellido Freud derivaba sin duda del nombre de pila Freide que llevaba la bisabuela de Schlomo.

Comerciante de lanas en Breslau, Abae tuvo muy poca suerte con sus hijos: un varón hidrocefálico y débil mental, otro que se vol-

vió loco. Al pensar en sus tíos y sus primos durante su viaje a París en 1886, Freud, por entonces ferviente admirador de Jean-Martin Charcot y convencido del origen hereditario de las neurosis, no vacilaba en afirmar que una tara neuropatológica afectaba a su familia: «En mi calidad de neurólogo me preocupan tanto estas cosas como a un marinero el mar». Y agregaba: «Estas cosas son muy corrientes en las familias judías».⁶

Hacia mediados de 1832, cuando tenía apenas diecisiete años, Jacob se casó en Tysmenitz con la joven Sally Kanner, hija de un comerciante. Según la costumbre todavía vigente en la época, las dos familias habían concertado el matrimonio. En un primer momento la pareja se alojó en casa de la familia Kanner, donde Sally trajo al mundo dos varones: Emanuel en 1833 y Philipp un año después. Tuvo a continuación otros dos hijos que murieron de pequeños.

Siskind Hofmann y Schlomo Freud se entendían a las maravillas. Como solía suceder en las familias extensas del *shtetl*, regidas por la ley del padre y los matrimonios consanguíneos, tres generaciones vivían bajo el mismo techo o en el mismo barrio. Las mujeres permanecían en el hogar para criar a los hijos en compañía de sus madres, hermanas, suegras, criadas o ayas, mientras que los hombres, padres, yernos e hijos, se encargaban de los negocios fuera de la casa: por un lado el poderío femenino reducido al territorio de lo íntimo y de las tareas domésticas, por otro el poder masculino en perpetuo exilio. Dentro de ese orden familiar, donde cada cual ocupaba un lugar bien definido desde el nacimiento hasta la muerte, las relaciones entre suegro y yerno revelaban ser tan importantes como las existentes entre padre e hijo, abuelo y nieto o tío y sobrino. Casado en la adolescencia y ya padre de dos hijos a los diecinueve años, Jacob perpetuó esa tradición. Como su padre, se habituó a acompañar a su abuelo materno (Siskind) en sus viajes de negocios a Moravia, donde la política austríaca de asimilación era más rigurosa que en Galitzia y, por lo tanto, más orientada no solo a la germanización de los judíos sino también a su integración en un modo de vida más urbano.

Los dos hombres dormían en posadas judías, respetaban los ritos ancestrales y, al hacerlo, chocaban con las leyes discriminatorias, a la vez que descubrían maneras de vivir más modernas que la suya en el

shtetl. Uno seguía apegado a la herencia del jasidismo, en tanto que Jacob, si bien piadoso y perfecto conocedor de la lengua sagrada, comenzaba a interesarse en los ideales de la Haskalá.⁷ A los veinte años Jacob se convirtió en socio de su abuelo.

En julio de 1844 ambos iniciaron juntos un trámite administrativo con el fin de que los inscribieran en la lista de los judíos «tolerados» en Freiberg. Tras recordar a las autoridades que compraba paños en Moravia, que los llevaba a Galitzia para teñirlos y que sobresalía en el comercio de cáñamo, miel y sebo, Siskind reclamó además la prórroga de su pasaporte y el de su nieto. Luego de muchas y farragosas gestiones se les concedió la «tolerancia».

Cuatro años después la revolución de los pueblos, que estremeció Europa, permitió a los judíos del Imperio austrohúngaro obtener derechos civiles y políticos. La urbanización progresaba a medida que, bajo el efecto de la explosión demográfica, las poblaciones judías de Galitzia emigraban al oeste y el sur.⁸ Jacob aprovechó esa situación para solicitar autorización a fin de fijar domicilio en Freiberg. Con el paso de los años deshizo lentamente los lazos que todavía lo ataban a la tradición jasídica de su padre, para romper mejor con la mentalidad del *shtetl* e integrarse en la nueva sociedad burguesa.

Y como una manera de señalar su evolución, compró un ejemplar de la Biblia de Ludwig Philippson, primer traductor al alemán del texto hebreo. Publicada entre 1838 y 1854 y destinada al uso de los judíos reformados, la obra respetaba la integridad de las Sagradas Escrituras, pero acompañaba el texto de una lujosa iconografía tomada del antiguo Egipto. En la página de guarda Jacob dejó anotada la fecha del 1 de noviembre de 1848, como una manera de celebrar la primavera de los pueblos.

Convertido en liberal sin dejar por eso de salpicar sus conversaciones con numerosas anécdotas tomadas de la larga tradición del humor judío, Jacob terminó por ignorar las ceremonias religiosas. Pero tenía el cuidado de celebrar Purim y Pésaj como fiestas familiares. La primera conmemoraba la liberación de los judíos del Imperio persa, y la segunda, la salida de Egipto y el fin del sojuzgamiento del hombre por el hombre: dos fiestas de la libertad en las cuales se arraigaba su adhesión a los ideales de la rebelión de los pueblos.

Entre 1848 y 1852 Jacob prosiguió con su vida itinerante. Tras la muerte de Sally se casó con una tal Rebekka, hija de un comerciante, con la que no tuvo descendencia, al mismo tiempo que su hijo mayor desposaba a los diecinueve años a una joven judía, Maria Rokach, cuya familia procedía de Rusia. En 1855 Maria trajo al mundo a su primer hijo, Johann (John) Freud, futuro compañero de juegos de su tío Sigmund, nacido un año después de él. Vino a continuación Pauline, nacida el 20 de noviembre de 1856.⁹

Emanuel, el primer hijo de Jacob, se convirtió a su turno en socio de su padre como este lo había sido del suyo y de su abuelo. En cuanto a Philipp, el menor, se mantuvo soltero y solo fundó una familia una vez instalado en Manchester, a donde había emigrado con su hermano alrededor de 1859, cuando su padre se marchó de Freiberg. Los dos hicieron fortuna en el comercio de telas y joyería. Jacob no mencionó nunca su segundo matrimonio, cuyas huellas fueron descubiertas por historiadores. ¿Había repudiado a Rebekka? No hay ninguna prueba. Algunos comentaristas inventaron toda una novela con referencia a esa segunda esposa, de la que no se sabe casi nada y cuya existencia Freud desconocía.¹⁰

Lo cierto es que el 29 de julio de 1855 contrajo un nuevo matrimonio con una muchacha, Amalia Nathansohn, hija de Jacob Nathansohn, agente comercial procedente de Odesa y radicado en Viena. Nacida en Brody en 1835 y única mujer en una fratría de cuatro varones, Amalia pertenecía a la generación de los dos hijos de su esposo. La unión fue bendecida conforme al rito reformado por Isaac Noah Mannheimer. El oficiante recitó las siete bendiciones nupciales y el recién casado rompió un vaso bajo sus pies en recuerdo de la destrucción del Templo de Jerusalén.

Imperiosa, autoritaria y sin duda mucho más afligida que su madre y su abuela por la falta de libertad individual que aún forzaba a las mujeres de la época a ser exclusivamente madres, Amalia se negó a dejarse encerrar en la cárcel de un modelo familiar condenado a la extinción. Pero carecía, sin embargo, de los medios para rebelarse contra su condición de esposa en el hogar. Delgada, elegante, bella, jovial, capaz de una enorme resistencia física, psíquica y moral, supo conservar su autonomía en un mundo en plena mutación. Dio a ese marido que habría podido ser su padre ocho hijos en diez años, tres

varones y cinco niñas: Sigmund, Julius, Anna, Regine Debora (apodada Rosa), Maria (apodada Mitzi), Esther Adolfine (apodada Dolfi), Pauline Regine (apodada Paula) y Alexander. La enumeración hace notar que nunca dejó de estar embarazada entre la fecha de su casamiento y la del nacimiento de su último hijo, en 1866. Por lo demás, no se sabe por qué, si era tan fértil, no tuvo más hijos luego de esa fecha.

El 6 de mayo de 1856, entonces, Amalia dio a luz a su primer hijo, Sigmund (Sigismund), llamado Schlomo-Shelomoh en homenaje al patriarca de Tysmenitz. Jacob, que había anotado en hebreo en su famosa Biblia la fecha de la muerte de su padre, ocurrida el 21 de febrero, agregó la del nacimiento de este nuevo Schlomo, «admitido en la Alianza» (circuncidado) una semana después.¹¹ En 1891 daría a su hijo esa obra como regalo de cumpleaños, luego de haberla hecho reencuadernar: «Hijo que es querido para mí, Shelomoh [...]. Te lo obsequié como recuerdo y signo de amor de tu padre, que te ama con amor eterno. En la ciudad capital, Viena, 29 de nisán de [5]651, 6 de mayo de 1891».¹²

Desde su nacimiento Sigmund fue para Amalia un motivo de orgullo y altivez. Ella lo llamaba «mi Sigi de oro», le hablaba naturalmente en yiddish y siempre lo prefirió al resto de sus hijos, convencida de que llegaría a ser un gran hombre. Un día, en una pastelería, se encontró con una anciana, que le anunció que su hijo era un genio. Se sintió con ello ratificada en su certeza, que Freud siempre juzgó ridícula: «Harto frecuentes han de ser tales profecías; ¡hay tantas madres esperanzadas y tantas viejas campesinas u otras viejas mujeres que han perdido su poder en la tierra y por eso se han vuelto al futuro!».¹³

Amalia transmitió su convicción a Jacob, que comenzó entonces a admirar a su hijo, en la creencia de que algún día sería superior a él. En tanto que los hombres de la familia, ayudados por sus yernos o sostenidos por sus suegros, siempre se habían visto como honrados comerciantes de lana y artículos surtidos, Jacob, que ahora se adhería plenamente a la Ilustración judía, pensó muy pronto que su hijo podría acceder a un destino distinto del de sus antepasados: ya no el negocio sino el saber. Lo inició, pues, en el relato bíblico como en una novela familiar genealógica, lo que le procuró un intenso placer. A lo

largo de toda su escolaridad el joven Freud seguiría empapándose de la lengua bíblica, en contacto sobre todo con Samuel Hammerschlag, su profesor de hebreo, que lo ayudaría además a financiar sus estudios: «En su alma», escribiría Freud en 1904, a la muerte de aquel, «ardía una chispa del mismo fuego que animó a los grandes sabios y profetas judíos». ¹⁴

Dijera lo que dijese al respecto, Freud tomó así muy tempranamente conocimiento del texto sagrado. En la infancia nada lo atraía más que la saga egipcia de Moisés, las aventuras de José y sus hermanos o los múltiples matrimonios de los patriarcas centenarios que engendraban una numerosa descendencia con sus mujeres, sus concubinas o sus criadas. Adoraba a Sansón, Saúl, David, Jacob. En los textos del judaísmo reencontraba algunos rasgos estructurales de su propia familia, y más adelante deduciría de ellos que una gran familia es siempre una bendición al mismo tiempo que un motivo de inquietud. Aficionado a deleitarse en sus fantasías y sus ensoñaciones, le gustaba imaginar que su medio hermano Philipp, que vivía bajo el mismo techo que él, era el verdadero esposo de su madre y que su padre era su abuelo. Por eso tenía celos de ese soltero, en tanto que se entendía de maravilla con su otro medio hermano, Emanuel, que se había casado con una mujer de su misma generación. Algunos historiadores imaginaron, sin aportar la más mínima prueba de ello, que Philipp había sido realmente amante de Amalia.

Apegado a su joven y seductora madre, a quien amaba de manera egoísta, Freud la miraba en su infancia como una mujer a la vez viril y sexualmente deseable. Durante un viaje en tren, entre Freiberg y Leipzig, quedó deslumbrado con su desnudez, y más adelante contó un célebre sueño de angustia en el cual la veía dormida y transportada a su cama por personajes con pico de pájaro que le recordaban las divinidades egipcias reproducidas en la Biblia paterna. A continuación consideró que los niños que habían sido preferidos por su madre acarreaman consigo, una vez llegados a la edad adulta, un optimismo inquebrantable. Más aún, deduciría de esta convicción la idea de que las relaciones de amor entre las madres y los hijos varones son las más perfectas y despojadas de ambivalencia. En realidad, jamás pudo dilucidar la índole del vínculo que lo unía a su madre. Para él, el amor maternal —y más aún el amor de

la madre por el hijo varón— era algo que estaba en la naturaleza de las cosas.

Con su *nanny* descubrió otro aspecto del amor maternal. Contratada como niñera, Resi Wittek (o Monika Zajic)¹⁵ era vieja, fea y poco deseable: todo lo contrario de Amalia. Pero brindó a Freud afecto y sensualidad. En síntesis, algo carnal que le faltaba en la relación con su madre: «Ella fue», diría más adelante, «mi maestra en cosas sexuales. [...] [M]e ha lavado con agua enrojecida, en la que se había lavado antes».¹⁶ Ardiente católica, Monika le hablaba en checo, le contaba historias de diablos y santos y lo llevaba a iglesias en las que se celebraba el culto de María. Freud descubrió así la segunda religión monoteísta, religión de la carne, del pecado, de la confesión y de la culpa, con sus imágenes piadosas, sus rosarios, su iconografía barroca, sus representaciones del infierno. Cuando volvía a su casa, Sigmund predicaba y glorificaba el nombre del Dios de los cristianos. Pero al nacer Anna, Philipp, el «mal hermano», hizo encarcelar a Monika por robo. Privado de su madre, confinada en su habitación tras el reciente parto, y despojado de su nodriza, Sigmund comenzó a proferir alaridos. Creía a pies juntillas que habían encerrado a Amalia en un baúl.

En 1905, en los *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud afirmó que las nodrizas poco concienzudas acariciaban los órganos genitales de los niños para adormecerlos.¹⁷ Al tomar conocimiento de esta observación, varios comentaristas imaginaron a posteriori que Monika había sobado el pene del pequeño Sigmund y que ese era, a no dudar, el origen de la pasión de este por el estudio de la sexualidad humana.¹⁸ Así se abrió paso la idea de un Freud que había sufrido abusos de su nodriza, como tantos otros rumores en torno de la vida privada del fundador del psicoanálisis.

En su infancia Sigmund tuvo como compañeros de juegos a Pauline y John, con quienes formaba un trío. Treinta años después, en un artículo sobre los «recuerdos encubridores», contó que un hombre de treinta y ocho años, a quien él había curado de una fobia, había evocado un recuerdo infantil que enmascaraba otro mucho más reprimido.

De hecho, en ese texto Freud ponía en juego sus propios recuerdos para ilustrar su teoría, y el hombre cuya historia daba a conocer

no era otro que él mismo. Dos primos y una prima juegan en un prado, decía, y cada uno de ellos recoge un ramo. Como la niña junta la mayor cantidad de flores, los dos varones, celosos, le arrebatan el ramo. Cuando ella se queja a una campesina, que la consuela y le da una rebanada de pan, los varones tiran las flores para ganarse también su parte de la hogaza: «Este pan me sabe exquisito en el recuerdo; y con esto se interrumpe la escena». Y unas páginas más adelante Freud señalaba «el punto de contacto [entre] el desflorar [y] el arrebatarse las flores».¹⁹

No hacía falta nada más para que algunos comentaristas, confundiendo realidad y fantasía inconsciente, aprovecharan para afirmar que, en su infancia, Freud había desflorado efectivamente a su sobrina con la complicidad de su sobrino.

La leyenda de un Freud víctima de abusos de su nodriza y violador de su sobrina encuentra su fuente, por lo tanto —como todas las otras leyendas—, en la propia obra freudiana, reinterpretada sin cesar al capricho de especulaciones o construcciones infundadas. En cambio, lo que está establecido con certeza es que Freud mantenía relaciones de complicidad y rivalidad con su sobrino mayor que él. Como todos los varones enfrentados a niñas de su edad, John y Sigmund «a veces [se] porta[ban] cruelmente» con Pauline.²⁰ Eran inseparables, se querían, se acusaban o se peleaban. Al comparar esta amistad infantil con la de Bruto y César, Freud hizo de ella la matriz de lo que más adelante serían sus relaciones con los hombres de su entorno, maestros, discípulos, amigos, adversarios, enemigos: «Un amigo íntimo y un enemigo odiado fueron siempre los requerimientos necesarios de mi vida afectiva; siempre supe crearlos a ambos de nuevo, y no rara vez ese ideal infantil se impuso hasta el punto de que amigo y enemigo coincidieron en la misma persona».²¹

En 1860 la familia Freud se instaló en Leopoldstadt, un suburbio popular de Viena poblado de judíos pobres que residían a veces en viviendas insalubres. Otra vez embarazada, Amalia enfermó de tuberculosis y tuvo que pasar varios períodos en los Cárpatos para restablecerse. En esa época Jacob seguía autocalificándose de comerciante de lanas. Sin embargo, víctima de la mecanización de la producción de textiles, nunca logró llegar a ser un comerciante próspero. Con la ayuda de sus hijos del primer matri-

monio, no obstante, pudo asegurar una vida decente a su numerosa prole.

Después de haber sido la encarnación de una fuerte autoridad paterna, Jacob daba de sí mismo la imagen de un hombre débil y humillado. Por eso acariciaba, con más intensidad que nunca, el sueño de que su hijo disfrutara de un destino más glorioso que el suyo, pero sin olvidar, empero, honrar lo que él había sido antaño: «Mi Sigismund tiene más inteligencia en el dedo pequeño del pie que yo en la cabeza, pero jamás se atrevería a contradecirme».²² Schlomo-Sigismund fue el primero en el extenso linaje de los Freud, procedentes de los *shtetl* de Europa oriental, en acceder a otra carrera que la de comerciante.²³

De esa época procede su identificación con figuras de conquistadores, vencedores luego vencidos, pero siempre dispuestos a vengar al padre o a superarlo: Aníbal, Alejandro, Napoleón. Lo testimonia el recuerdo que conservó de una escena de la infancia: el relato hecho por su padre de una vieja anécdota destinada a demostrarle que el presente era mejor que el pasado. Una vez, le había dicho Jacob, «vino [...] un cristiano y de un golpe me quitó el gorro y lo arrojó al barro exclamando: “¡Judío, bájate de la acera!”». Y a la pregunta de su hijo sobre su reacción, había respondido: «Me bajé a la calle y recogí el gorro».

A esta escena que le disgustaba, Sigmund había opuesto otra, más ajustada a sus aspiraciones: el episodio histórico en que Amílcar había hecho jurar a su hijo Aníbal que se vengaría de los romanos y defendería Cartago hasta la muerte.²⁴

De ese modo se afirmó en el imaginario del joven la preocupación por restablecer el recuerdo de un poder patriarcal que no dejaba de deshacerse ante su vista. La anécdota del gorro de piel, en efecto, contaba no solo la historia de una claudicación paterna frente al antisemitismo, sino también el itinerario de un hijo que desde muy temprano se había asignado la misión de revalorizar simbólicamente la ley del padre por un acto de rebelión a la altura de Aníbal. No solo había que superar al padre, sino que además era preciso cambiar de cultura sin traicionar jamás la identidad judía de los ancestros. Al trazar así su destino, Freud se asociaba a la historia de los hijos de la burguesía comercial judía del Imperio austrohúngaro, obligados a des-

pojarse de su judaísmo para ser intelectuales o científicos. Para vivir como judíos, habían tenido que adoptar la cultura griega, latina y alemana.

Ernst Simon, un filósofo israelí de origen berlinés, afirmó en 1980 que Freud se había preparado para el bar-mitzvá y había realizado la ceremonia a los trece años. Y como prueba de lo que sostenía, traía a colación una confidencia del propio Freud. Este contó un día, en efecto, que a los catorce años le habían regalado las obras del escritor judío alemán Ludwig Börne, admirador de la Revolución francesa y heredero de la *Aufklärung*. Freud las conservó piadosamente como los únicos libros procedentes de su juventud. Y Simon deducía de ello que, en realidad, se los habían regalado al cumplir trece años y que, en consecuencia, se trataba de un obsequio recibido con motivo de su bar-mitzvá. Esta interpretación es seductora, sin duda, pero nada prueba que la ceremonia tuviera efectivamente lugar. En cambio, es indudable que Freud admiraba a ese escritor, de quien recordaba estas palabras: «Una vituperable cobardía para pensar nos refrena a todos. Más oprimente que la censura de los gobiernos es la censura que la opinión pública ejerce sobre nuestra labor espiritual».²⁵

Durante el verano de 1865 Josef Freud, hermano de Jacob, fue detenido por posesión de billetes falsos. Algunos meses después lo condenaron a diez años de cárcel: «Mi padre, que a causa del disgusto encaneció en pocos días, solía decir siempre que el tío Josef no era un mal hombre, pero sí un idiota».²⁶ Nada permite decir, como lo han hecho algunos comentaristas, que este asunto se habría ocultado al joven Sigmund, con la consecuencia de provocar en su subjetividad de adulto una gran «catástrofe» existencial.²⁷ En realidad, Freud fue sensible a esa nueva humillación del padre y recordó en esa oportunidad que la relación de tío con sobrino había sido, en su propia infancia, un motivo de odio y amistad.

A los trece años intimó con Eduard Silberstein, hijo de un banquero judío rumano establecido en Jassy y luego en Brăila, una ciudad a orillas del Danubio.²⁸ Criado por un padre medio loco y sometido a la ortodoxia religiosa, Eduard aspiraba a ser un librepensador. Así, se hizo amigo y fue condiscípulo del hijo de Jacob en el Realgymnasium de Viena y después en el Obergymnasium.